

J.R.R. TOLKIEN

BEREN y
LÚTHIEN

Editado por CHRISTOPHER TOLKIEN



Ilustrado por ALAN LEE

minotauro



J.R.R. Tolkien

BEREN
Y
LÚTHIEN

Editado por CHRISTOPHER TOLKIEN

Ilustrado por ALAN LEE

minotauro

Beren y Lúthien

Published by HarperCollins *Publishers*, 2017
Originally published as *Beren and Lúthien*, 2017

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2018, 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Todos los textos y materiales de J.R.R. Tolkien © The Tolkien Estate Limited, 2017

Prefacio, notas y el resto de materiales © C. R. Tolkien, 2017
© Traducción de Martin Simonson, Rubén Masera, Teresa Gottlieb, Luis Domènech,
Estela Gutiérrez Torres, Elías Sarhan y Ramón Ibero

Ilustraciones de cubierta e interior © Alan Lee, 2017
Diseño de cubierta: © HarperCollinsPublishers Ltd. 2017
Adaptación del diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño



* y Tolkien* y Beren* y Lúthien* son marcas registradas de The Tolkien Estate Limited

ISBN: 978-84-450-1688-6
Depósito legal: B. 1.080-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros
www.sociedadtolkien.org

ÍNDICE

Prefacio	9
Notas sobre los días antiguos	19
BEREN Y LÚTHIEN	27
Apéndice	
Revisiones de <i>La Balada de Leithian</i>	241
Lista de nombres	257

En una carta de mi padre, escrita el 16 de julio de 1964, dijo:

El germen del intento de escribir leyendas propias que se adecuaran a mis lenguas privadas fue el trágico cuento del desdichado Kullervo en el *Kalevala* finlandés. Sigue siendo un elemento fundamental en las leyendas de la Primera Edad (que espero publicar como *El Silmarillion*), aunque, como *Los Hijos de Húrin*, está totalmente cambiado excepto el trágico final. El segundo punto fue la escritura «sacada de mi cabeza» de *La Caída de Gondolin*, la historia de Idril y Earendel, durante una licencia por enfermedad en 1917, y la versión original del *Cuento de Lúthien Tinúviel y Beren* más tarde ese mismo año. Éste se basó en un pequeño bosque con grandes sotobosques de «cicuta» (sin duda, había allí otras muchas plantas afines) cerca de Roos, en Holderness, donde pasé un tiempo en la Guarnición Humber.

Mis padres se casaron en marzo de 1916, cuando él tenía veinticuatro años y ella, veintisiete. Primero vivieron en la aldea de

Great Haywood en Staffordshire, pero a principios de junio del mismo año, él viajó a Francia para participar en la batalla del Somme. Cayó enfermo y fue enviado de vuelta a Inglaterra a principios de noviembre de 1916, y en la primavera de 1917 fue destinado a Yorkshire.

Esta primera versión de *El Cuento de Tinúviel*, como él lo llamó, fue escrita en 1917, pero no existe —o, por ser más preciso, únicamente existe de manera fantasmal en un manuscrito escrito a lápiz—. La mayor parte de la historia fue borrada; por encima de ella mi padre escribió el texto que para nosotros es la versión más temprana. *El Cuento de Tinúviel* fue una de las historias esenciales de las primeras obras principales de la «mitología» de mi padre, *El Libro de los Cuentos Perdidos*, una obra tremendamente compleja que edité en los primeros dos volúmenes de *La Historia de la Tierra Media* entre 1983 y 1984. Sin embargo, puesto que el presente libro se dedica expresamente a la evolución de la leyenda de Beren y Lúthien, me limitaré a mencionar muy brevemente el marco físico y los destinatarios de los Cuentos Perdidos, porque *El Cuento de Tinúviel* en sí apenas está vinculado a aquel entorno.

Una concepción central de *El Libro de los Cuentos Perdidos* era la historia de un marinero inglés del periodo «anglosajón», llamado Eriol o Ælfwine, quien, navegando lejos hacia el oeste, finalmente alcanzó Tol Eressëa, la Isla Solitaria, donde vivían Elfos que habían partido de «las Grandes Tierras», posteriormente llamadas «Tierra Media» (un término que no se usa en los Cuentos Perdidos). Durante su estancia en Tol Eressëa aprendió de ellos la verdadera y antigua historia de la Creación y de los dioses, los Elfos y de Inglaterra. Esta historia queda recogida en «Los Cuentos Perdidos de Elfinesse».

La obra está escrita en una serie de pequeñas y maltrechas «libretas de ejercicios», con tinta y a lápiz, y su lectura a menudo

resulta formidablemente difícil, aunque después de muchas horas escrutando el manuscrito con una lente pude elucidar, hace ya muchos años, todos los textos, con solamente algunas palabras ocasionales pendientes de resolver. *El Cuento de Tinúviel* es una de las historias que los Elfos contaron a Eriol en la Isla Solitaria, en este caso la contó una doncella llamada Vëannë: había muchos niños presentes en esas sesiones. El relato contiene detalles precisos (un rasgo que llama la atención) y está narrado en un estilo extremadamente singular, con algunos arcaísmos léxicos y sintácticos, marcadamente diferentes de los estilos posteriores de mi padre, intensos, poéticos y en ocasiones profundamente «enigmático-élficos». También hay una vena subyacente de humor sardónico en las expresiones, por aquí y por allá (en la terrible confrontación con el lobo demoniaco Karkaras, mientras huía con Beren de la sala de Melko, Tinúviel le pregunta «¿Por qué estás tan malhumorado, Karkaras?»).

En lugar de esperar hasta la conclusión del relato, creo que puede ser interesante llamar la atención en este punto sobre algunos aspectos de esta primera versión de la leyenda, y ofrecer una breve explicación de varios de los nombres importantes en la narración (que también se encontrarán en la Lista de Nombres al final del presente libro).

El Cuento de Tinúviel, en su versión reescrita, que para nosotros es la primera versión, no era ni mucho menos el primero de los Cuentos Perdidos, y algunos rasgos de otros Cuentos pueden arrojar luz sobre él. Por hablar sólo de la estructura narrativa, algunos de ellos, como el Cuento de Túrin, no están muy alejados de la versión que aparece en *El Silmarillion*, tal y como fue publicado; otros, notablemente *La Caída de Gondolin*, el primero que

fue escrito, aparece en la obra publicada de forma muy comprimida; y hay también cuentos, entre los que merece una especial mención el que nos ocupa, que presentan diferencias llamativas en algunos aspectos.

Una modificación fundamental en la evolución de la leyenda de Beren y Tinúviel (Lúthien) se produjo con la posterior introducción de la historia de Felagund de Nargothrond y los hijos de Fëanor; pero igualmente significativa, desde otro punto de vista, fue la alteración de la identidad de Beren. En las versiones posteriores de la leyenda era absolutamente esencial que Beren fuera un Hombre mortal y Lúthien una Elfa inmortal; pero este elemento no estaba presente en el Cuento Perdido: Beren también era elfo. (Sin embargo, se aprecia en las notas de mi padre para otros Cuentos que Beren originalmente era Hombre; y queda claro que también era el caso en el manuscrito borrado de *El Cuento de Tinúviel*.) Beren, como elfo, era miembro del clan de Elfos llamado los Noldoli (posteriormente los Noldor), que en los Cuentos Perdidos (y más tarde aún) se traduce con la palabra «gnomos»: Beren era un gnomo. Más tarde, esta traducción se convirtió en un problema para mi padre. Estaba usando la palabra «Gnomo» con un origen y un significado totalmente diferentes de aquellos gnomos que hoy día son seres diminutos especialmente asociados a jardines. Esta otra palabra, «Gnomo», derivaba de la palabra griega *gnōmē* «pensamiento, inteligencia», y apenas sobrevive en el inglés moderno, con el significado de «aforismo, máxima», junto con el adjetivo *gnomic* («relativo a los gnomos»).

En un borrador para el Apéndice F de *El Señor de los Anillos* escribió:

He utilizado a veces (no en este libro) «gnomos» por Noldor y «gnomish» por Noldorin. Lo hice porque a algunos «gnomo» les

sugerirá todavía conocimiento. El nombre alto élfico de este pueblo, Noldor, significa Los Que Saben; porque de los tres clanes de los Elfos, los Noldor se distinguieron siempre tanto por su conocimiento de las cosas que son y que han sido en este mundo, como por su deseo de conocer más. Sin embargo, de ningún modo se asemejaban a los gnomos, sea en teoría erudita o en fantasía popular; he abandonado ahora esta interpretación por demasiado equívoca.

(Me gustaría mencionar de pasada que mi padre también dijo [en una carta de 1954] que se arrepentía de haber usado la palabra «*Elves*» [«Elfos»], ya que se había vuelto «una sobrecarga de matices lamentables» que resultan «un obstáculo insuperable».)

La hostilidad mostrada a Beren, aun siendo elfo, se explica de la siguiente manera en el antiguo Cuento (p. 42): «todos los Elfos de los bosques creían que los Gnomos de Dor Lómin eran criaturas traicioneras, crueles y pérfidas».

Bien puede parecer algo desconcertante que la palabra «*fairy, fairies*» («hada, hadas») se usa con frecuencia para referirse a Elfos. Por ejemplo, en relación a las polillas blancas que volaban en los bosques, «Por ser un hada, a Tinúviel no le molestaban», (p. 41); se hace llamar a sí misma «Princesa de las Hadas» (p. 59); se dice de ella (p. 72) que «recurrió a sus artes y a su magia de hada». En primer lugar, la palabra «hada» es sinónima de *Elfo* en los Cuentos Perdidos; y en aquellos cuentos existen varias referencias a la estatura relativa de Hombres y Elfos. En aquellos días tempranos las ideas de mi padre acerca de estos asuntos fluctuaban un poco, pero queda claro que percibió un cambio en esta relatividad conforme pasaban los años. Por eso escribió:

Los Hombres al principio tenían casi la misma estatura que los Elfos, siendo las hadas mucho más altas y los Hombres más pequeños que ahora.

Sin embargo, la evolución de los Elfos se vio claramente afectada por la llegada de los Hombres:

Mientras los Hombres adquieren más poder y se vuelven más numerosos, las hadas decaen y se empequeñecen y van debilitándose, volviéndose tenues y transparentes, en tanto que los Hombres crecen y se vuelven más torpes y corpulentos. Finalmente los Hombres, o casi todos ellos, ya no alcanzan a ver a las hadas

Por lo tanto, no hay necesidad de suponer, a raíz de la palabra, que mi padre pensaba que las «hadas» en este cuento eran etéreas y transparentes. Además, años más tarde, cuando los Elfos de la Tercera Edad habían entrado en la historia de la Tierra Media, éstos no tenían ningún rasgo de «hadas», en el sentido moderno de la palabra.

La palabra «*fay*»⁴ es más complicada. En *El Cuento de Tinúviel* se usa con frecuencia para referirse a Melian (la madre de Lúthien), que era de Valinor (y se llama a sí misma [p. 40] «hija de los dioses»), pero también en referencia a Tevildo, de quien se dice que era «un duende maligno que había adoptado la forma de un animal» (p. 68). En otros lugares de los Cuentos existen referencias a «todo lo que sabían los duendes y los Eldar», a «Orcos y dragones

4. En *El Cuento de Tinúviel*, esta palabra se traduce como «duende». *El Libro de los Cuentos Perdidos 2*, Barcelona: Minotauro, 1991, p. 40. (*N. del trad.*)

y a duendes malignos», y a «Elfos de los bosques». Quizá el ejemplo más notable sea el siguiente pasaje, extraído del cuento de *La Llegada de los Valar*:

Alrededor de ellos viajó una gran hueste, los espíritus de los árboles y de los bosques, del valle y la floresta y de las laderas de las montañas, o los que cantan en medio de la hierba por la mañana y entonan cánticos entre las espigas erguidas al atardecer. Éstos son los Nermir y los Tavari, Nandini y Orossi, duendecillos, hadas, espíritus traviesos, *leprawns* y no sé cuántos nombres más reciben, pues son muy numerosos; sin embargo, es preciso no confundirlos con los Eldar pues han nacido antes que el mundo y son más viejos que lo que éste tiene de más viejo.

Otro rasgo desconcertante, que no sólo aparece en *El Cuento de Tinúviel* y para el cual no he podido encontrar ninguna explicación ni formular afirmaciones más generales, es el poder de los Valar sobre los asuntos de Hombres y Elfos, e incluso sobre sus mentes y corazones, en las distantes Grandes Tierras (Tierra Media). Por dar algunos ejemplos: en la p. 78 «los Valar lo condujeron [a Huan] a un claro» donde Beren y Lúthien estaban tumbados en el suelo durante su huida de Angband; y Lúthien dijo a su padre (p. 82): «[Beren] sólo logró salvarse de una espantosa muerte gracias a los Valar». En otra ocasión, el pasaje del relato de la huida de Lúthien de Doriath (p. 57), «no se internó en aquella sombría región y continuó con renovadas esperanzas» fue cambiado por «pero no se internó en esa sombría región y los Valar hicieron despertar nuevas esperanzas en su corazón y así retomó su camino».

En cuanto a los nombres que aparecen en el Cuento, señalaré aquí que Artanor corresponde a Doriath, de versiones posteriores, y también era llamado La Tierra Remota; al norte se en-

contraba la barrera de las Montañas de Hierro, también llamadas las Montañas de la Amargura, que Beren atravesó antes de llegar: posteriormente se convirtieron en Ered Wethrin, las Montañas de la Sombra. Al otro lado de las montañas se encontraba Hisilómë (Hithlum), Tierra de la Niebla, también llamado Dor-lómin. Palisor (p. 23) es el nombre del lugar donde nacieron los Elfos.

A menudo se refiere a los Valar como a los dioses, y se les llama también los Ainur (Ainu en singular). Melko (posteriormente Melkor) es el gran Vala malvado, llamado Morgoth, el Enemigo Oscuro, tras el robo de los Silmarils. Mandos es el nombre tanto del Vala como de su lugar de residencia. Es el guardián de las Casas de los Muertos.

Manwë es el señor de los Valar; Varda, la creadora de las estrellas, es la esposa de Manwë y vive con él en la cumbre de Taniquetil, la montaña más alta de Arda. Los Dos Árboles son los grandes árboles cuyas flores iluminaban a Valinor, y fueron destruidos por Morgoth y la monstruosa araña Ungoliant.

Por último, éste es el lugar apropiado para decir algo sobre los Silmarils, que son fundamentales para la leyenda de Beren y Lúthien: eran obra de Fëanor, el más poderoso de los Noldor: «el más poderoso en habilidades de manos y de palabra; su nombre significa “Espíritu de Fuego”». Citaré un pasaje del texto del «Silmarillion», que fue escrito posteriormente (1930), titulado *Quenta Noldorinwa*, acerca del cual véase también p. 101.

En aquellos lejanos días Fëanor emprendió una vez una labor larga y maravillosa, e invocó todo su poder y toda su magia sutil, pues tenía el objetivo de hacer una cosa más hermosa que cualquiera de las que hubieran creado los Eldar hasta entonces, que duraría más allá del final del todo. Tres joyas hizo, y las llamó Silmarils. Un fuego viviente

ardía dentro de ellas, que combinaba la luz de los Dos Árboles; con su propia luz brillaban incluso en la oscuridad; la carne mortal impura no podía tocarlas, pues se marchitaba y se quemaba. Para los Elfos estas joyas tenían más valor que cualquier otro trabajo salido de sus manos, y Manwë las consagró, y Varda dijo: «El destino de los Elfos está encerrado aquí, y además el destino de muchas más cosas». El corazón de Fëanor estaba ligado a los objetos que él mismo había hecho.

Fëanor y sus siete hijos hicieron un juramento terrible y profundamente destructivo para afirmar su derecho único e inviolable a poseer los Silmarils, que fueron robados por Morgoth.

El cuento de Vëannë estaba dirigido expresamente a Eriol (Ælfwine), que nunca había oído hablar de Tinúviel, pero tal y como lo cuenta no hay un inicio formal: comienza hablando de Tinwelint y Gwendeling (más tarde conocidos como Thingol y Melian). Sin embargo, volveré al *Quenta Noldorinwa* para explicar este elemento esencial de la leyenda. En el Cuento, el formidable Tinwelint (Thingol) es una figura central: el rey de los Elfos que vivían en los profundos bosques de Artanor, gobernando desde sus vastas cavernas en el corazón del bosque. Sin embargo, la Reina también era un personaje de gran importancia, aunque no se dejaba ver a menudo, y a continuación reproduciré el relato sobre ella que aparece en el *Quenta Noldorinwa*.

Allí se dice que en el Gran Viaje de los Elfos de las distantes tierras de Palisor, el lugar donde se despertaron, con el objetivo final de llegar hasta Valinor en el Oeste lejano, allende el gran Océano:

Muchos de la raza élfica se perdieron en los largos y oscuros caminos, y vagaron por los bosques y montañas del mundo, y jamás fueron a Valinor ni vieron la luz de los Dos Árboles. Por ellos se los

llama Ilkorindi, los Elfos que nunca moraron en Kôr, la ciudad de los Eldar en la tierra de los Dioses. Ellos son los Elfos Oscuros, y muchas son sus dispersas tribus, y muchas son sus lenguas.

De los Elfos Oscuros, el capitán más famoso es Thingol. Por esta razón jamás fue a Valinor. Melian era un hada. Moraba en los jardines de Lórien, y entre su hermoso pueblo no había nadie que la superara en belleza, ni nadie más sabio ni más diestro con la canción mágica y los sortilegios. Se dice que los Dioses dejaban sus quehaceres, y los pájaros de Valinor su trinar, que las campanas de Valmar guardaban silencio y las fuentes cesaban de correr cuando durante la mezcla de la luz Melian cantaba en los jardines del Dios de los Sueños. Siempre la acompañaban los ruiseñores, y ella les enseñó su canción. Pero amaba la sombra profunda, y a menudo se perdía en largos viajes a las Tierras Exteriores, y allí llenaba el silencio del mundo naciente con la voz y las voces de sus pájaros.

Thingol escuchó a los ruiseñores de Melian y quedó encantado, y dejó su pueblo. Encontró a Melian bajo los árboles y quedó sumido en un sueño y un gran sopor, de modo que su pueblo lo buscó en vano.

En el relato de Vëannë, cuando Tinwelint despertó de su largo sueño mítico, ya no volvió a pensar en los suyos (aunque, de veras, habría sido en vano, porque ya hacía mucho que habían llegado a Valinor), sino que sólo deseaba ver a la señora del crepúsculo. No estaba lejos, porque lo había vigilado mientras dormía.

Vëannë también dice que la morada de Tinwelint «estaba oculta a la mirada y al conocimiento de Melko gracias a la magia del duende Gwendeling, que entretrejía conjuros sobre los senderos que conducían allí para que sólo los Eldar [Elfos] pudieran recorrerlos fácilmente, y así es como el rey estaba protegido contra

todo peligro excepto contra la traición. Aunque sus estancias estaban construidas en una profunda y extensa caverna, era una morada hermosa y digna de un rey. Esta caverna estaba en medio del maravilloso bosque de Artanor, la más prodigiosa de todas las florestas, y un río corría delante de la entrada, pero nadie podía traspasar ese portal sin atravesar el arroyo, que cruzaba un puente estrecho y bien custodiado». En este punto, Vëannë exclama: «Escuchad, ahora os contaré algunas de las cosas que ocurrieron en la morada de Tinwelint»; y éste parece ser el lugar donde podemos afirmar que comienza el cuento propiamente dicho.





EL CUENTO DE TINÚVIEL

Dos hijos tuvo entonces Tinwelint, Dairon y Tinúviel, y Tinúviel era una doncella, la más hermosa de todas las doncellas de los Elfos ocultos, y en realidad pocas han sido tan hermosas como ella, porque su madre era un duende, hija de los Dioses; y Dairon era un muchacho fuerte y feliz y su mayor placer era tocar una flauta de junco u otros instrumentos de los bosques, y ahora se lo considera uno de los tres músicos más extraordinarios de los Elfos, y los otros dos son Tinfang Trino e Ivárë, que toca junto al mar. Pero Tinúviel era feliz bailando y no hay ninguna otra que se le iguale en belleza y en la sutileza de sus pies ligeros.

A Dairon y Tinúviel les encantaba alejarse del cavernoso palacio de Tinwelint, su padre, y juntos pasaban mucho tiempo entre los árboles. Allí, Dairon solía sentarse en un montículo cubierto de hierba o en la raíz de un árbol y tocar música mientras Tinúviel bailaba al ritmo de sus melodías, y cuando bailaba acompañada por la música de Dairon era aún más ágil que Gwendeling y su encanto era mayor que el de Tinfang Trino bajo la luna y nadie podría contemplar un baile como ése, salvo

en los jardines de rosas de Valinor, donde Nessa baila sobre céspedes de un verde eterno.

Tocaban música y bailaban incluso por la noche, cuando la luna despedía pálidos destellos y no sentían temor, como sentiría yo, porque el poder de Tinwelint y de Gwendeling no permitía que el mal se adentrara en los bosques, y Melko no los hostigaba todavía y los Hombres estaban confinados más allá de las colinas.

Su lugar favorito era un paraje umbroso donde crecían olmos y hayas también, pero no de gran altura, y había castaños con flores blancas, pero el suelo estaba húmedo y al pie de los árboles se extendían en una profunda bruma las plantas de cicuta. Un día de junio fueron a jugar allí y las umbelas de la cicuta parecían rodear como una nube los troncos de los árboles, y Tinúviel siguió bailando hasta que oscureció ya tarde, y había muchas mariposas nocturnas por doquier. Por ser un hada, a Tinúviel no le molestaban, como les molestan a muchos hijos de los Hombres, aunque no le gustaban los escarabajos, y ningún Eldar tocaba una araña debido a Ungweliántë, pero las pequeñas mariposas le revoloteaban en torno a la cabeza y Dairon tocaba una misteriosa melodía, cuando, de pronto, sucedió ese hecho singular.

Nunca he sabido cómo cruzó Beren las colinas; pero era más valiente que la mayoría, como os contaré, y tal vez sólo su afición a vagar a solas lo había hecho atravesar velozmente por todos los horrores de las Montañas de Hierro hasta llegar a las Tierras Remotas.

Ahora bien, Beren era un Gnomo, hijo de Egnor, el de los bosques, que cazaba en los lugares más sombríos, en el norte de Hisi-lómë. Entre los Eldar y aquellos de su linaje que habían sido esclavos de Melko reinaban el temor y la sospecha, y de esa manera se vieron vengadas las crueldades que cometieron los Gnomos en el Puerto de los Cisnes. Las mentiras de Melko se propagaron

entre los del pueblo de Beren y por ese motivo creían que los Elfos secretos eran perversos, pero ahora contemplaba a Tinúviel, que danzaba en la penumbra, y Tinúviel llevaba un vestido perlado y sus blancos pies desnudos se movían veloces entre los tallos de la cicuta. Entonces Beren dejó de preguntarse si era Vala o Elfo o hija de los Hombres y se acercó cautelosamente para observarla; y se apoyó en un frágil olmo que crecía sobre un montículo para contemplar desde arriba el pequeño claro en el que ella bailaba, porque el embeleso lo hacía desfallecer. Era tan esbelta y tan hermosa que él terminó por salir imprudentemente de su escondite para poder mirarla mejor, y en ese momento el brillo de la luna llena se abrió paso entre las ramas y Dairon alcanzó a ver el rostro de Beren. Inmediatamente se dio cuenta de que no era de los suyos, y todos los Elfos de los bosques creían que los Gnomos de Dor Lómin eran criaturas traicioneras, crueles y pérfidas, de modo que Dairon soltó su instrumento y gritando «Huye, huye, oh Tinúviel, hay un enemigo en el bosque» desapareció veloz entre los árboles. Entonces Tinúviel, asombrada, no lo siguió enseguida, porque no comprendió sus palabras de inmediato y, como sabía que era incapaz de correr o saltar con tanta rapidez como su hermano, se deslizó precipitadamente entre la blanca cicuta y se ocultó bajo una flor muy alta con muchas hojas abiertas; y allí, con su blanco atavío, parecía una chispa de luz de la luna que brillaba a través de las hojas reflejándose en la tierra.

Entonces Beren se entristeció, porque se sintió solo y le dolió ver que se habían asustado y buscó a Tinúviel por doquier, creyendo que no había huido. De pronto, apoyó la mano en el esbelto brazo de Tinúviel oculto entre las hojas y ella se alejó de él lanzando un grito y huyó lo más rápido que podía en medio de la débil luz, revoloteando entre los troncos de los árboles y los tallos de cicuta. El suave roce de su brazo hizo que Beren la bus-

cara con mayor ansiedad y la siguió velozmente y, no obstante, no tan rápido como habría tenido que hacerlo, porque finalmente ella logró escapar y llegó presa de ansiedad a la morada de su padre; y, después de eso, no volvió a bailar sola en el bosque por muchos días.

Esto le causó una enorme tristeza a Beren, que no se alejaba de esos parajes con la esperanza de ver bailar nuevamente a la hermosa doncella de los Elfos, y vagó por el bosque, agitado y solitario, por días de días, buscando a Tinúviel. La buscaba al amanecer y al atardecer, pero con muchas más esperanzas cuando brillaba la luna. Finalmente, una noche divisó una chispa a lo lejos y he aquí que allí estaba ella, bailando a solas en una pequeña loma sin árboles y Dairon no la acompañaba. Muchas veces regresó ella a ese lugar, donde bailaba y cantaba para sí y a veces Dairon estaba cerca y, entonces, Beren la contemplaba desde el borde del bosque a lo lejos y a veces Dairon no estaba y Beren se acercaba con sigilo. En realidad, Tinúviel lo sentía acercarse, pero fingía no darse cuenta y ya hacía mucho que no temía, al ver la nostálgica ansiedad del rostro de Beren iluminado por la luna; y comprendió que era bueno y que estaba enamorado de su hermoso baile.

Entonces Beren comenzó a seguir furtivamente a Tinúviel a través de los bosques hasta llegar incluso a la entrada de la caverna y al extremo del puente y, cuando ella desaparecía, la llamaba desde el otro lado del río, diciendo dulcemente «Tinúviel», porque había oído el nombre de los labios de Dairon; y, aunque no lo sabía, Tinúviel solía escuchar oculta entre las sombras del cavernoso portal y reír suavemente o sonreír. Un día, finalmente, mientras danzaba a solas, él se le acercó con más atrevimiento y le dijo:

—Tinúviel, enséñame a bailar.

—¿Quién eres? —le dijo ella.

—Beren, vengo de allende las Montañas de la Amargura.

—Entonces, si deseas bailar, sígueme —dijo la doncella, y comenzó a bailar y se internó en el bosque delante de Beren, con ligereza pero no tan rápido como para que él no pudiese seguirla y, de cuando en cuando, miraba hacia atrás y reía al verlo tambalearse detrás de ella, mientras le decía—: ¡Baila, Beren, baila!, como bailan allende las Montañas de la Amargura. —Así llegaron por senderos serpenteantes hasta la morada de Tinwelint, y Tinúviel le hizo señas a Beren desde el otro lado del arroyo y él la siguió asombrado hasta el interior de la caverna y las profundas estancias de su hogar.

Sin embargo, cuando Beren se encontró frente al rey se sintió desconcertado, y enorme fue su admiración ante la grandeza de la Reina Gwendeling, y he aquí que cuando el rey le dijo:

—¿Quién eres tú, que entras a mi morada sin ser invitado?—, no supo qué responder. Por tanto, Tinúviel respondió por él, diciendo:

—Éste, padre mío, es Beren, un viajero que viene de allende las montañas y puede aprender a bailar como bailan los Elfos de Artanor— y rio, pero el rey frunció el ceño cuando le oyó decir de dónde procedía Beren y le dijo:

—No hables irreflexivamente, hija mía, y dime si este bárbaro Elfo de las sombras ha intentado hacerte daño.

—No, padre —dijo ella—, y no creo que su corazón albergue maldad alguna y no seas cruel con él, a menos que quieras ver llorar a tu hija Tinúviel, porque nadie ha sentido más admiración por mi baile que él.

Entonces Tinwelint dijo:

—Oh, Beren, hijo de los Noldoli, ¿qué deseas de los Elfos del bosque antes de regresar al lugar de donde vienes?

Fue tal la prodigiosa alegría que sintió el corazón de Beren cuando Tinúviel se refirió a él de esa manera ante su padre que su valor despertó y resurgió en él el espíritu aventurero que lo había hecho abandonar Hisilómë y atravesar las Montañas de Hierro, y, mirando con valentía a Tinwelint, le dijo:

—Mi único anhelo, señor, es vuestra hija Tinúviel, porque es la más hermosa y la más dulce de todas las doncellas que he visto o con las que haya soñado jamás.

Entonces sólo hubo silencio en la sala, excepto por la risa de Dairon, y todos los que escuchaban quedaron consternados, pero Tinúviel bajó los ojos, y el rey, al ver el aspecto rústico y tosco de Beren, también se echó a reír, ante lo cual Beren se sonrojó de vergüenza y el corazón de Tinúviel se entristeció por él.

—¡Muy bien!, puedes desposar a mi Tinúviel, la más hermosa de las doncellas del mundo, y convertirte en el príncipe de los Elfos de los bosques; modesto es el favor que solicita un extraño —dijo Tinwelint—. Tal vez tenga derecho a solicitar algo a cambio. No será algo especial, sólo una muestra de tu aprecio. Tráeme un Silmaril de la corona de Melko y ese mismo día Tinúviel te desposará, si así lo desea.

Entonces, todos los que se encontraban allí se dieron cuenta de que el rey se compadecía del Gnomo y respondía como si se tratara de una burda chanza y sonrieron, porque en ese entonces los Silmarils de Fëanor tenían gran fama en todo el mundo y los Noldoli habían relatado historias sobre ellos y muchos de los que huyeron de Angamandi los habían visto brillar en la corona de hierro de Melko. Jamás se quitaba la corona y para él esas joyas eran tan valiosas como sus ojos y nadie en todo el mundo —duende, elfo u hombre— podía abrigar esperanza alguna de tocarlas siquiera y de seguir con vida. En realidad, Beren lo sabía y comprendió el significado de esas sonrisas burlonas y, dominado por la ira, gritó:

—¡Oh, no!, ése es un obsequio muy insignificante para el padre de una novia tan encantadora. No obstante, extrañas me parecen las costumbres de los Elfos de los bosques, que se asemejan a las rudas leyes de los Hombres, de referirse a un obsequio que no se ha ofrecido, pero he aquí que yo, Beren, un cazador de los Noldoli, os otorgaré vuestro modesto deseo —y, con esas palabras, abandonó impetuosamente la sala ante el asombro de todos; pero Tinúviel rompió a llorar.

—No está bien lo que has hecho, padre mío —exclamó—, condenar a alguien a muerte con tu lamentable chanza, porque presiento que ahora tratará de realizar esa hazaña, enloquecido como está por tu burla, y Melko lo matará y nadie volverá a contemplar mi baile con tanto amor.

Entonces, dijo el rey:

—No será el primer Gnomo al que Melko haya dado muerte y con menos motivos. Tiene suerte de no quedar cautivo aquí, prisionero de crueles maleficios por haber osado entrar en mis estancias y por sus insolentes palabras. —Pero Gwendeling no dijo nada, ni regañó a Tinúviel ni objetó el que llorase por ese vagabundo desconocido.

Pero, alejándose de Tinwelint y dominado por la furia, Beren se internó en el bosque hasta llegar cerca de las colinas más bajas y las tierras yermas que anunciaban la proximidad de las sombrías Montañas de Hierro. Sólo entonces percibió su cansancio y enteció su marcha y a partir de entonces comenzaron sus mayores tormentos. Vivió noches de profundo desaliento y no encontraba nada que le hiciera abrigar esperanzas en su búsqueda y, en realidad, había pocos motivos para tener esperanzas y, poco después, mientras caminaba a lo largo de las Montañas de Hierro hasta llegar cerca de las pavorosas regiones donde se encontraba la morada de Melko, se sintió dominado por los más terribles temo-

res. En esos parajes había muchas serpientes venenosas y merodeaban los lobos, y mucho más temibles aún eran las bandas errantes de trasgos y de Orcos, detestables criaturas de Melko que se aventuraban lejos cumpliendo sus malvadas órdenes, colocando trampas y capturando animales y Hombres y Elfos y llevándolos a rastras ante su señor.

Muchas veces Beren estuvo a punto de ser capturado por los Orcos y una vez sólo logró escapar de las fauces de un enorme lobo después de enfrentarse a él armado nada más que con un garrote de fresno, y en cada jornada de su viaje hacia Angamandi conoció otros peligros y aventuras. El hambre y la sed también solían torturarlo y muchas veces habría vuelto atrás si eso no hubiese sido tan peligroso como seguir avanzando; pero la voz de Tinúviel intercediendo ante su padre resonaba en su corazón y, por la noche, le parecía que a veces su corazón la oía llorar quedadamente por él, allá lejos, en los bosques donde vivía; y, en realidad, eso era lo que sucedía.

Un día fue tal su hambre que se lanzó a buscar restos de comida en un campamento abandonado de un grupo de Orcos, pero algunos de ellos regresaron de improviso y lo hicieron prisionero y lo torturaron, pero no le dieron muerte porque, al ver lo fuerte que era pese a lo agotado que estaba por las privaciones, su capitán pensó que a Melko tal vez le complaciera que lo llevaran ante él para destinarlo a algún duro oficio, como esclavo en las minas o en sus fraguas. Así fue como arrastraron a Beren hasta donde se encontraba Melko, y, a pesar de eso, conservó su coraje, porque el pueblo de su padre creía que el poder de Melko no sería eterno y que los Valar escucharían por fin los lamentos de los Noldoli y se alzarían y apresarían a Melko y dejarían entrar nuevamente a Valinor a los fatigados Elfos y, entonces, reinaría nuevamente en la Tierra una enorme alegría.